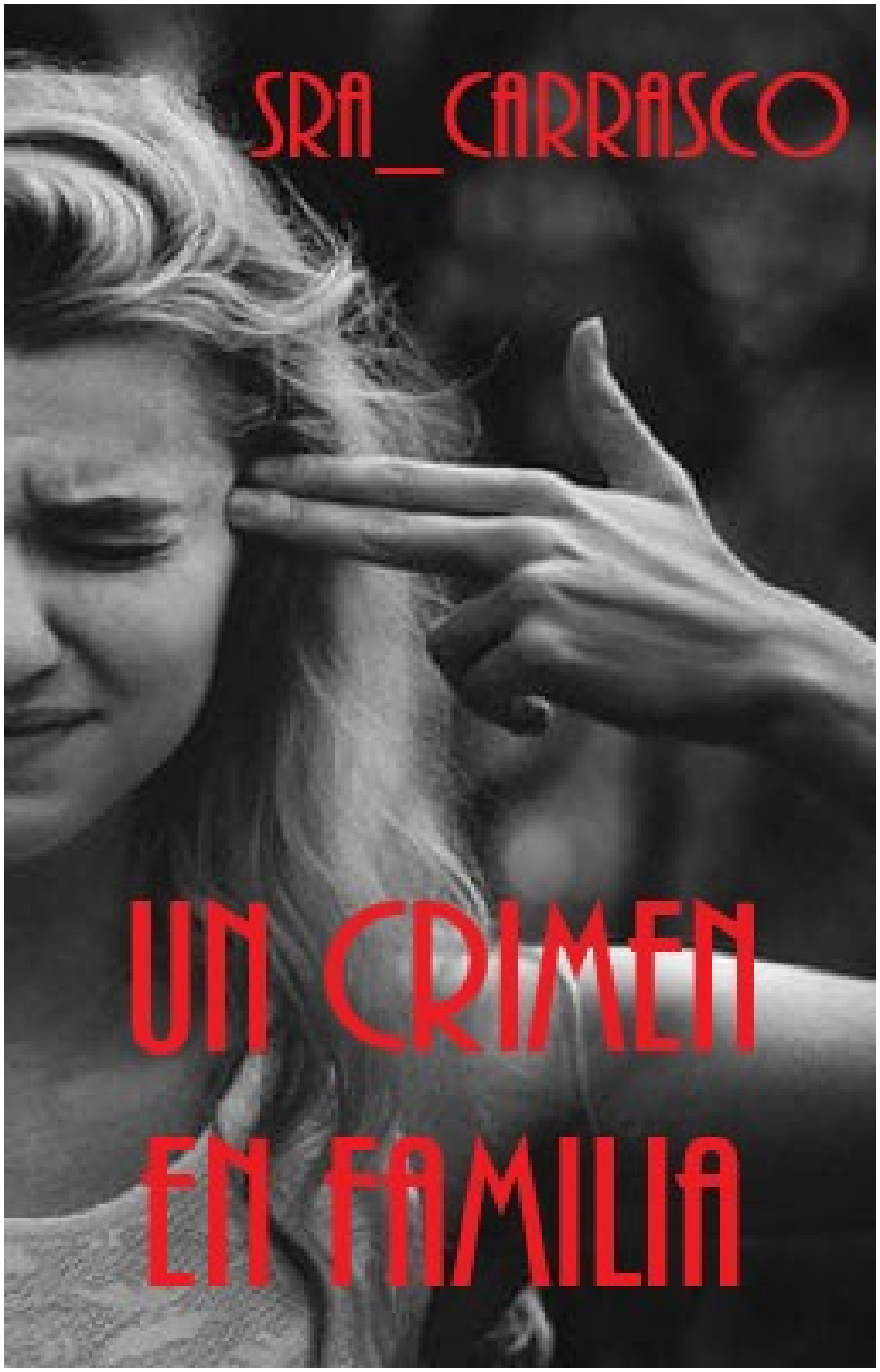
Un asesinato en familia

Sara Carrasco



Capítulo 1

Todavía recuerdo aquel caso como si fuera ayer y el modo en el que nos influyó en nuestras aburridas vidas... Era un día como otro cualquiera, acabábamos de pillar a un jovenzuelo que se dedicaba a robar melones de la huerta del señor Mendoza y decidimos recompensarnos con el resto del día libre. Apurábamos nuestros cafés mientras veíamos un partido de segunda división en la caja tonta hasta que alguien llamó insistentemente a la puerta.

– ¡Adelante, está abierto! – exclamó mi compañero mientras nos poníamos apresuradamente en pie.

–Buenos días.

Un señor cercano a la cuarentena entró por la puerta. Tenía aire distinguido pero lucía claramente cansado.

– ¿En qué podemos ayudarle, señor? – pregunté mientras le ofrecía asiento con un leve gesto de muñeca.

– Verán... – se sentó– Me llamo Arturo Lino. Hace quince días mi hijo apareció ahogado en una de las calas del mar. Yo mismo descubrí su cadáver mientras volvía de la oficina...

– Lo sentimos. – contestamos al unísono.

– La policía quiere cerrar el caso. ¡Dicen que fue un accidente!– exclamó desesperado. – ¡Y yo sé que no lo fue! Gonzalo siempre tenía mucho cuidado con acercarse a la barandilla. Susana y yo éramos muy estrictos en ese aspecto... –De repente se calló. Abrió los ojos de par en par y se agarró al escritorio con fuerza. Marcos y yo nos miramos confundidos. – ¿Qué diablos está pasando? ¿Es que ustedes no lo notan? –gritó aterrorizado.

– ¿El qué? – dijo Marcos desconcertado.– ¿Le ocurre algo, señor Lino?

Yo me encogí de hombros, estaba igual de confundido que él.

– ¿Cómo que qué diablos le pasa? ¿Es que no notan ese temblor, pedazo de majaderos?

–¡Ahhh! –exclamé – No se preocupe, es el tren. Solo dura unos segundos– traté de tranquilizarlo aunque no tuve éxito–. Solo hay que esperar a que pase, no dura más de tres minutos.

Cuando el temblor desapareció y los presentes retomaron la calma, Arturo Lino se levantó de su asiento mientras se recolocaba la corbata.

– Venir aquí ha sido un error. ¿Qué clase de detectives respetados tendrían su oficina encima de una maldita estación de tren?

– Señor Lino–Marcos se levantó de su asiento y con tono severo siguió hablando –, créame si le digo que somos los mejores detectives de la zona. Y usted está desesperado, ¿no es así? – el hombre asintió– ¿Entonces qué es lo que pierde? Déjenos ayudarle.

El hombre se lo pensó unos segundos mientras nos inspeccionaba con la mirada de arriba abajo hasta que dijo las palabras mágicas: "De acuerdo". Nos dejó su dirección escrita en un posit y se marchó.

Capítulo 2

No recuerdo ningún momento de mi vida en el que estuviese tan excitado como en aquel momento dirección al hogar de Antonio Lino. Nunca habíamos tenido en nuestras manos un caso de tal envergadura, a su lado, pillar a la señora Eulalia sabotear el jardín de su vecina o al pequeño de los Ramones robándole pimientos al pobre del señor Domínguez se quedaba más que pequeño, ¡Minúsculo! Notábamos como la adrenalina corría por nuestras venas y nublaba nuestros cerebros, tanto, que emprendimos rumbo con apenas un par de mudas limpias en nuestras maletas. Habíamos tomamos mi viejo coche e iniciamos un largo y aparentemente interminable viaje en carretera sin apenas dinero en nuestros bolsillos.

Después de varias horas dando vueltas y decenas de consultas a lugareños que andaban casualmente por la zona, conseguimos llegar. El señor Lino nos recibió en el porche con sonrisa abierta pero mirada profundamente triste. Nos enseñó cada habitación de su enorme hogar, incluida la terraza, la cual colgaba sobre un acantilado y donde supuestamente tuvo lugar el accidente. Marcos y yo estuvimos varios minutos en silencio, observando las sobrecogedoras y vertiginosas vistas desde la barandilla, con precaución.

–Pobre crío...– murmuró entre dientes mi compañero, horrorizado por su propia imaginación.

Sin poder aguantar ni un segundo más en aquel sitio, me apresuré a romper la incómoda tensión que se había formado entre nosotros– ¿Podríamos ir a algún otro sitio para hablar?

–Por supuesto, – contestó el señor Lino. –Acompáñenme, todavía deben conocer a las chicas.

Y así hicimos. Le seguimos hasta el salón, donde nos aguardaban en el sofá: Susana, su mujer, y Francesca, la asistenta. A primera vista, Susana lucía deshecha por dentro y por fuera, pero Francesca, a la cual nos costó enormemente entender lo que decía por su marcado acento, apenas expresaba nada, pero supusimos que guardaba relación con su educación natal.

–Deberíamos empezar con las preguntas –atajó Marcos–, si no les importa. – puntualizó rápidamente. Todos los presentes le hicieron caso y se acomodaron en el amplio sofá del salón. – Estamos aquí porque se tienen las sospechas de que lo que le ocurrió al pequeño Gonzalo no pudiera ser únicamente un accidente.

–¿Cómo? –Preguntó desconcertada la mujer– ¿De qué están hablando estos señores, Antonio? ¿Por qué insinúan que nuestro hijo no murió en un accidente...? ¿¡Quiénes diablos son!? –exigió saber.

–Tranquilízate, cariño... Verás... Es que... –el señor Lino paseaba nerviosamente su mirada sobre nosotros en busca de ayuda.

–Solo es un trámite rutinario, no se preocupe señora. –se apresuró a explicar Marcos– Únicamente queremos corroborar que la policía está en lo cierto.

– ¿Es que es posible que se hayan equivocado? – preguntó con dudosa esperanzada en su voz.

–Siempre es posible equivocarse, señora.– contesté serenamente. La mujer asintió derrotada, no sin antes soltar un sonoro suspiro por su boca.

–¿Podría relatarnos cómo pudo ocurrir el supuesto accidente? –demandó Marcos mientras se dirigía a aquella desolada mujer.

–Gonzalo tenía siete años, todavía no llegaba a asomar la cabeza por encima de la barandilla pero tenía la estúpida manía de subirse al poyete. –se tomó unos segundos y tragó saliva. – Eran las cinco de la tarde. Mientras mi hijo estaba jugando en la sala de estar con su pelota, subí al piso de arriba para arreglarme para salir aquella tarde con mis amigas –la voz se le quebró, estaba a punto de llorar. – La puerta de la terraza estaba abierta y se le debió de escapar la pelota. –sus lágrimas rodaron por sus mejillas –Aquel día, el mar estaba revuelto y las olas chocaban con fuerza contra las piedras... Debió de parecerle curioso y se asomó a la barandilla...– las lágrimas se convirtieron en llanto.

–Tranquilízate Susana... –su marido le frotó el hombro en un intento vano por consolarla.

– ¿Hacia mal día? –nada más terminar mi pregunta pude notar cómo la mirada desconcertada de todos los presentes se clavaban en mi – Ha dicho usted que el mar estaba revuelto, por lo que hacía mal día... Pero aun así estaba la puerta de la terraza abierta...

Susana abrió la boca con intención de contestarme pero de ahí no salieron otra cosa que llantos incontrolados. Pero Francesca se apuró para contestar por ella.–Abrí para que la habitación se ventilara, señor.

–¿A las cinco de la tarde?

–Es que limpié el horno con productos químicos y quería que se

quemaran. Salió mucho humo. –se excusó.

–¿Y a qué hora comieron? ¿Y qué?

–Comimos cordero asado a las tres. ¿A qué vienen estas preguntas? –estalló desconcertada la mujer mientras me clavaba una mirada de puro odio–¿Qué será lo siguiente? ¿Quiere saber también qué sujetador me puse aquel día?

–Toda pregunta tiene su motivo, señora. –contestó cortésmente mi compañero – Me temo que deben de disculparnos, –se levantó de su asiento, yo le imité. –debemos de registrarnos en el hostal antes de las ocho o nos quedaremos en la calle esta noche.

Los tres entendieron el por qué de nuestra huida repentina y nos acompañaron hasta la entrada. Al entrar en nuestro auto, Marcos no pudo aguantar la emoción y estalló–¿Viste el horno que tenían? –Asentí–¿Cuántos años tendrá? ¿Diez? ¿Doce años? Esos hornos no se enfrían tan rápidamente por lo que...

–Por lo que Francesca miente. –sentencié son firmeza.–¿Pero por qué? ¿qué motivo tendría para matar al crío?

–Tal vez solamente obedecía órdenes...–insinuó.

–¡No digas tonterías, Marcos! ¿Cómo una mujer iba a hacer algo así con su hijo?

No respondió, se limitó a encogerse de hombros. Arrancó y condujo con cuidado por aquella serpenteante carretera mientras nos preguntábamos cuáles serían nuestros siguientes pasos.

Capítulo 3

Después de más de dos horas discutiendo, Marcos y yo conseguimos ponernos de acuerdo. La idea era separarnos y optimizar el poco tiempo que nos quedaba antes de que la policía diera el carpetazo definitivo a la investigación. Mientras Marcos acudía al depósito de cadáveres para conseguir los resultados de la autopsia, yo era el encargado de contactar personalmente con el comisario a cargo de la investigación, un tal Pereira.

–Buenos días, soy el inspector Fernando Baeza. –me dirigí a una mujer que se escondía tras el monitor de su mesa y que deduje que era la recepcionista–Quisiera hablar con el señor Pereira, el encargado de investigar sobre el caso del pequeño Gonzalo. –Tras enunciar mi demanda, aquella mujer se levantó de un salto de su asiento, pálida.

–Voy a comunicárselo personalmente, señor. Un minuto. – y desapareció por la puerta.

Aunque la reacción de aquella mujer era más que sospechosa, decidí no alarmarme. Pero no pasaron ni apenas dos minutos cuando un murmullo que pasó a ser una acalorada discusión, se hizo audible desde el otro lado de la puerta.

–¡Ni se te ocurra salir, rubio! –dijo una voz desde el otro lado de la puerta. – la respuesta no fue clara, pero la voz siguió hablando.– No sé qué carajo hace este hombre aquí, pero... –la voz fue bajando paulatinamente hasta hacerse inaudible.

La puerta se abrió de un portazo y un hombre se dirigió a mí con cara de malas pulgas.– Me da igual el número de condecoraciones que le hayan dado y el prestigio que tenga dentro del cuerpo policial de Madrid, pero está tardando en mover el culo para marcharse de aquí.

Por un momento pensé en contestarle, en decirle cuatro cosas bien dichas, pero al final opté por la mejor decisión: marcharme de allí sin decir nada. ¿Para qué discutir si ya tenía lo que quería? Ese tal Pereira se manchó las manos con este asunto y sus compañeros no dudaban ni un momento en defender a su camarada. Definitivamente, la policía quería cerrar este asunto para no verse metido hasta el cuello de problemas.

Al llegar a la cafetería del hostal me encontré con Marcos. Lucía nervioso, sin poderse quedar quieto de su asiento. Al acercarme, no me dio ni tiempo a saludar. Se aferró a mi brazo y me obligó a mirarle a los ojos.

– No te vas a creer lo que he descubierto, amigo...

Capítulo 4

Nada más ponernos al día con lo que habíamos descubierto, llamamos al señor Lino y le pedimos que nos reuniéramos urgentemente.

– Dígame Francesca, ¿Por qué miente por Susana? – la criada abrió los ojos de par en par, sorprendida por tal acusación.

– ¿Cómo? – preguntó confundida.

– No se haga la tonta, lo sabemos todo. Usted no pudo limpiar a las cinco el horno porque todavía seguía caliente por haber cocinado el cordero. La puerta estaba abierta a propósito para arrojar al niño inconsciente por el balcón. ¿O me equivoco? – ante la mudez de todos los presentes, seguí hablando. – Los resultados forenses revelan que el niño sufrió un fuerte golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. Pero ese golpe era distinto a los demás golpes que presentaba. Dígame señora Susana, ¿Ese golpe tiene algo que ver con el señor Pereira que tal groseramente se ha negado a contactar conmigo? – me fulminó con la mirada.

– ¿Q-Quién se cree que es usted para hablarme así? – gritó llena de furia.

– Pererira también fue el mismo que chantajeó al forense para que falsificara la ficha, ¿verdad?

– ¡Fuera de mi casa! ¡YA! –la furia le tiñó las mejillas.

– Nos iremos, pero antes nos aseguraremos que la policía nacional os lleve directas a prisión. –miré a ambas mujeres para que se dieran por aludidas.

–¿Yo también? – intervino asustada Francesca – Yo no hice nada... ¡Fue ella y aquel señor rubio! Me chantajearon, me amenazaron con deportarme a mí y a mi niño a Rumanía. – señaló con rabia a Susana - Señor Lino, le juro que yo no tuve nada que ver. ¡Quise correr a la comisaria! ¡Dios sabe que quería! Pero no pude... – se arremangó la manga de la camiseta para dejar ver unos moratones seguramente causados por un fuerte agarrón. – Ese policía amenazó a mi hijo con hacerle lo mismo que a mí...

– Dime que se equivocan Susana, dímelo. – le rogó su marido. – No me mientas...

– Cariño, sé que estás dolido yo también, ¡Lo juro! - corrió a decir ante la cara Lino.- Sé que quieres que ese tipo pague por lo que ha hecho pero... - tragó saliva.- pero si lo haces, me delatarás. Si realmente me has

querido, por favor, no lo hagas.

–Mi niño... solo quería proteger a mi niño... – murmuró desolada Francesca.

– Espero que te pudras en la cárcel. –escupió las palabras con despreció.
– Lo que has hecho no tiene nombre... Eres despreciable.

– ¡Cariño, Por favor! ¡Reconsidéralo! ¡Soy tu mujer! –gritó desesperada.

–Voy a ir a la policía antes de ir a comisaría y reventarle la cabeza a ese hijo de puta.

– Eso no hará falta, señor Lino. La policía ya está en camino. Además... – dije mientras me sacaba la grabadora del bolsillo de la chaqueta. – hemos gravado la conversación.

La policía llegó en cuestión de dos minutos y detuvieron a las mujeres. Mientras tanto, Marcos y yo no pudimos reprimir la sonrisa de satisfacción que nos producía el trabajo bien hecho. Pudimos haber fracaso, podían haber no confesado y la policía podía haber cerrado el caso bajo llave, pero no fue así. Nos la jugamos todo a una carta y vencimos. El pequeño Gonzalo por fin podrá descansar en paz.